

APUNTES
DE
MORAL

PARA LOS
MAESTROS PRINCIPIANTES
POR EL PROF.
SERAFIN PEÑA



1905.

TIP. J. CANTU LEAL.
MONTERREY.



1635

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

BJ 1635

P4

c.1



1080108697

Librería Universal.

FEDERICO DE LA GARZA.

DR. MIER 81. APARTADO, 242.
MONTERREY, N. L., MEXICO.

GRAN MAPA DEL ESTADO DE N. LEON.

El último publicado y arreglado conforme á los datos más recientes. Puesto sobre lienzo y varillas \$ 5.50

MAGNIFICAS CARTAS PARA LA ENSEÑANZA DE LOS COLORES.

Ultima edición acabada con todo esmero. Precio de cada una \$ 3.50

CAJAS DE SÓLIDOS GEOMÉTRICOS.

Los más completos que se han hecho, y que han logrado competir por su acabado con los del Extranjero.

Caja chica \$ 6.50
„ grande 7.50

CAJAS DE LETRAS MÓVILES.

Sabido es la utilidad que éstas cajas prestan en la escuela para lograr enseñar á leer en corto tiempo á los niños. Solo valen cada una . . . \$ 4.50

90708

25991

APUNTES DE MORAL

PARA LOS MAESTROS PRINCIPIANTES.

Por el Prof.

SERAFIN PEÑA.



MONTERREY.

Tip. J. CANTU LEAL.—Zaragoza No. 58.

1905.



BTIC35

P4

1905

Testimonio de muy grande es-
timación á la dignísima Señori-
ta

María de los Angeles Santos.

Serafin Peña.



ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO



FONDO
HUBERTO RAMOS
LOZANO

A los Maestros principiantes.



Doy á luz estos apuntes en la creencia de que pueden ser de alguna utilidad á los ayudantes encargados de la Enseñanza de la Moral en los primeros cursos de las Escuelas Oficiales del Estado.

Contienen algunas historietitas para el 1er. curso, algunos diálogos socráticos para el 2º y muchos temas morales para el 3º.

De las primeras algunas no son mías, así como no lo es el primer diálogo socrático.

Muchísimo habría deseado presentar en este librito materiales más extensos y variados, que pudieran servir para el desarrollo completo del programa de Moral correspondiente á cada uno de dichos cursos; pero en la imposibilidad de hacerlo por razones que no necesito exponer, me he resuelto á publicar los pocos que he podido arreglar, pues en la disyuntiva de relegarlos para siempre al olvido, ó de que se saque de ellos alguna utilidad, por insignificante que ésta sea, prefiero lo segundo, considerando que siempre es mejor algo que nada, y ésto muy particularmente en tratándose de la Instrucción primaria, á la cual he consagrado mis inútiles esfuerzos la mayor parte de mi vida.

Serafin Peña. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A LOS AYUDANTES ENCARGADOS DEL 1er. CURSO ESCOLAR.

1^o. Los profesores se prepararán, leyendo detenidamente las historietas que tengan que relatar á los niños, ó formándolas en caso de no encontrar las apropiadas al objeto de sus lecciones, de manera que puedan retener fielmente su plan general y sus pormenores más importantes, y que puedan presentarlas á la vez en un lenguaje claro y sencillo hasta el extremo, para que se hagan comprender perfectamente de sus discípulos.

2^o. Respecto al orden que debe seguirse en cada lección será el que á continuación se expresa:

1^o. Breve repetición de lo tratado en la lección anterior.

No debe entenderse que se repetirá el contenido de la historieta que dió materia á la expresada lección, sino solamente la máxima moral

que de ella se desprendió, ó el precepto relativo á las buenas maneras, si se trató de Urbanidad.

2^o. Enunciación del nombre ó título de la historieta, ó del precepto relativo á las maneras que se trate de inculcar.

3^o. Exposición de la historieta moral ó de la regla de conducta, según el caso.

4^o. Conversación con los niños sobre lo expuesto, con objeto de aclarar el asunto, y mostrar la moral que se desprenda de la historieta, ó de expresar en forma concisa y clara la regla relativa á las maneras.

5^o: Escritura por el maestro, de la máxima ó regla, y repetición de ésta por los alumnos con objeto de fijarla en la memoria.

Conviene advertir que por ningún motivo se deben dar estas lecciones de otro modo que de viva voz, y en un tono y estilo como de conversación con los niños. Hacemos esta advertencia, porque algunos maestros suelen suplir las lecciones de Moral con lecturas, ya por evitar el trabajo de preparar dichas lecciones, ya por la creencia de que puedan resultar expuestas las historietas en un lenguaje más correcto y preciso. Por cuestión de lenguaje, conviene principalmente que dichas lecciones no sean leídas.

En lo escrito, por muy llano que sea el estilo, no se pueden evitar algunos términos incompre-

sibles para los niños de tierna edad; y sólo con el lenguaje hablado se puede fácilmente descender hasta su inteligencia para obtener su atención. No hay que perder de vista, pues, que todo trabajo será perdido si no se cuenta con la atención de los niños, y ésto sólo se conseguirá hablándoles con sus palabras, y de las cosas que les sean familiares y agradables. Una palabra que no comprendan les quitará, por decirlo así, la ilusión, y perderán enteramente el interés que antes habían tomado en lo que se les estaba refiriendo. Además, si lee el profesor los cuentos ó historias en vez de darlas de viva voz, teniendo su atención fija en el libro, no podrá vigilar el orden de su clase, no podrá ver si lo escuchan sus discípulos, no podrá llamar la atención de algún distraído, ya con una pregunta, ó quizá con una simple mirada; y finalmente, no podrá leer en las fisonomías de sus educandos si está causando algún efecto en sus corazones aquella lección, ó si no ha llegado más allá de sus oídos.

Es indispensable también que estas lecciones ó historietas sean pequeñas, para que haya tiempo de hacer los ejercicios correspondientes en cada lección.

(Boletín de Instrucción Primaria de Nuevo León.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



MORAL

(1er. Año.)

Sacrificio de una madre por su hijo.

LA VIUDA DEL LEÑADOR.

Acostumbraba la viuda de un pobre leñador, ir todos los días á cortar leña en medio de los bosques de pinos que coronan las cimas de los Vosgos, y mientras recorría la selva, dejaba su niño, todavía muy pequeño en algún matorral.

Pero, ¿podía acaso estar ausente largo rato de su querido niño? Una hora de espera es un siglo para la tierna madre. Tal vez en aquel momento alarga sus bracitos llamando á gritos á su madre.

Alarmada con sus pensamientos se apresura á llegar donde reposa su hijo, cuando se presenta á su vista un terrible lobo, con el pelo erizado y la boca abierta. Helada de espanto siente el frío de la muerte, y teme que la fiera haya devorado



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



MORAL

(1er. Año.)

Sacrificio de una madre por su hijo.

LA VIUDA DEL LEÑADOR.

Acostumbraba la viuda de un pobre leñador, ir todos los días á cortar leña en medio de los bosques de pinos que coronan las cimas de los Vosgos, y mientras recorría la selva, dejaba su niño, todavía muy pequeño en algún matorral.

Pero, ¿podía acaso estar ausente largo rato de su querido niño? Una hora de espera es un siglo para la tierna madre. Tal vez en aquel momento alarga sus bracitos llamando á gritos á su madre.

Alarmada con sus pensamientos se apresura á llegar donde reposa su hijo, cuando se presenta á su vista un terrible lobo, con el pelo erizado y la boca abierta. Helada de espanto siente el frío de la muerte, y teme que la fiera haya devorado

á su hijo. ¡Dios sea loado! un débil grito le anuncia que su hijo respira aún, acostado en su cuna de yerba.

En aquel momento se dispone el lobo á arrojar sobre su víctima, va á alcanzarla; ¡cuánta fuerza no inspira en una madre el peligro de su hijo! Con el mayor valor se interpone entre su enemigo y el matorral, haciendo de su cuerpo una muralla para defender á su hijo.

Al ver ésto la fiera, olvida la presa de que iba á apoderarse, y volviendo toda su rabia contra la nueva víctima que se le presenta, se arroja sobre ella, la destroza y se sacia de sangre. Mientras aquella desgraciada forcejeaba con el lobo, se acuerda de que lleva consigo un cuchillo, le coge, y reuniendo todas sus fuerzas ya desfallecientes, hunde el agudo hierro en el corazón del animal, que expira dando un horrible aullido. Debilitada la madre por aquel esfuerzo, cae al lado de su enemigo muerto, gritando: "¡Salvad á mi hijo!"

A sus lastimeros quejidos acuden algunos leñadores, que ven, al llegar, á su pobre compañera tendida en el suelo ensangrentada. Durante el combate, se había dormido el niño en apacible sueño, ignorando el peligro de su madre.

Los leñadores llevan al hijo y á la madre á su cabaña; rodean á la pobre mujer inanimada, pro-

digándole todos los cuidados que pueden volverla á la vida. ¡Socorros inútiles! Está ya fría. . . .

Desesperaban ya de reanimar aquella víctima generosa del amor maternal, cuando tuvo alguno la idea de arrimar la cara del niño á la de su madre; á poco hace ésta un ligero movimiento, se van coloreando sus mejillas, entreabre sus ojos descaecidos, y un suave calor comienza á extenderse por sus miembros; conoce á su hijo, y lo estrecha entre sus brazos con entrañable ternura. La imagen del monstruo se presenta sí, á su imaginación; pero la olvida en seguida, puesto que su hijo vive. . . . Y está salvada ella misma.

(Barrau.)

El amor filial.

Narcisita era una niña de siete años.

Sus padres eran todo su encanto; en ellos pensaba después de Dios al despertar: cuando salía de la escuela aligeraba el paso para verlos y besarlos: todos los días al levantarse de la cama, se dirigía á los rosales que tenía, para formar dos lindos ramilletes que presentaba con una sonrisa de ángel uno á su papá y otro á su mamá.

Una vez se enfermó ésta. ¡Cuánta tristeza y pesar sintió entonces el corazón de la niña! De día y de noche quería estar á su lado, para darle los alimentos y medicinas que necesitaba. Por

más que la enferma le rogaba que se acostara á la hora de dormir, la niña se quedaba velando hasta la media noche en que el sueño la rendía.

Una vez le oyó decir al médico que tenía la enferma muy poca sangre, y le preguntó ¿qué, no podría sacarme á mí, que estoy buena, la sangre que se necesita para introducirla en las venas de mi mamá? Buena niña, contestó el médico, no es necesario ésto. Tu mamá sanará pronto: no te entristezcas, no llores.

Pocos días después tuvo el grandísimo placer de ver ya sana á su mamá, que con sus tiernas caricias le pagaba el grande amor que Narcisita le había mostrado en los días de la enfermedad.

El médico refería en todas partes lo que la niña le había dicho, y no había quien no la nombrara, la "luz de sus padres, el ángel de su hogar."

Amor filial. (bis)

RASGO DE UN NIÑO DE CINCO AÑOS.

He aquí un rasgo de abstinencia, tanto más interesante, cuánto que nace de la ternura filial, y su autor es un niño de cinco años. Un cura de las cercanías de Rennes, ciudad de Francia, envió á buscar á tres hijos de uno de sus parroquianos, muy miserable, para hacerles tomar medida de un vestido. El frío era rigorosísimo, y los tres niños tenían los miembros entumecidos; el buen cura les hizo acercar á la lumbre, y les dió un pedazo de pan y carne. Los dos mayores se comieron su ración con mucha gana; pero el tercero miraba la suya con un aire satisfecho, sin tocarla. "¿Por qué no comes, hijo, le dice el cura con suma bondad.—Porque quiero guardar mi pan y mi carne para mi madre, que está enferma, respondió el niño.—Cómetelo, replica el cura, que yo enviaré á tu madre lo que necesite.—No me lo comeré, porque quiero llevárselo á mi madre yo mismo.

A estas últimas palabras se llenaron de lágrimas los ojos del niño. "No llores, hijo mío, replica el cura; á tú madre no le faltará nada; pero mientras tanto come tú, porque debes tener gana. —Sí, señor, que tengo gana, pero mi madre está enferma.—Pues bien, aquí tienes pan y carne

para tu madre: pero quiero que te comas lo que te he dado.—En este caso, señor cura, comeré el pan solo, porque quiero llevar la carne á mi madre, y así tendrá más.”

(De la Moral Práctica de Barrau).

Debemos respetar á nuestros padres.

Camilo, niño de diez años, tenía un genio iracundo y grosero.

Su madre, que era viuda, vivía siempre triste y pesarosa, porque el niño no la respetaba, pues en presencia de ella reñía con otros niños: le dirigía palabras duras si no estaba la comida ó la ropa, cuando él las pedía: al empezar á reprenderlo le daba el niño la espalda, y se retiraba llorando.

Una vez que tuvo ella necesidad de imponerle un ligero castigo, Camilo huyó de su casa, dejando á su pobre madre llena de pesar.

Como se alejó del pueblo en que vivía, temiendo ser aprehendido por la autoridad, caminaba siempre por angostas veredas. Anduvo así dos días, al cabo de los cuales no sabía ya qué hacer. Extraviado del camino, muriéndose de hambre y de sed, durmiendo en el campo, y oyendo en las noches el aullido de los lobos y el triste canto de

los buhos, no sabía á donde dirigirse, ni á quien pedirle socorro en sus necesidades.

Entre tanto, la pobre madre, al ver que su hijo no volvía, temiendo que le sucediera una desgracia, ó que no pensara ya en volver, se apesaraba más y más, y cayó enferma. La fiebre la enloqueció, y sus vecinos temieron que perdiera la vida. En su locura lloraba pronunciando siempre el nombre de su ingrato hijo.

Este que había pasado ya tantas hambres, congojas y sustos, pensó en lo muy mal que se había conducido para con su madre, y resolvió volver, y pedirle perdón; pero estaba perdido, y mientras más creía acercarse á su casa más se alejaba de ella, hasta que por fin se encontró con un buen hombre vecino de su pueblo, que volvía de una hacienda inmediata.

Llorando Camilo le confesó su falta, y el hombre lo condujo á la casa de la afligida madre, á quien encontró casi moribunda. ¡Cuán grande es el cariño de una madre! al verlo de rodillas, junto á su lecho, al recibir sus besos y abrazos, y al oír sus promesas de arrepentimiento, la señora sintió que se le quitaba un gran peso del corazón, y empezó á tener alivio; al cabo de algunos días estaba enteramente sana, y con la satisfacción de ver que Camilo la trataba con tanto respeto como el mejor de todos los hijos.

Resultados de la desobediencia.

Una pobre viuda, que vivía en una casita de techo de paja, tenía un niño á quien gustaba mucho divertirse jugando con fuego. Muchas veces, cuando él creía que su madre no lo veía, hacía lumbre en el patio ó en el solar, valiéndose para ésto de cerillos que conseguía con sus compañeros. Su madre le había prohibido muchas veces aquella diversión; pero él la había desatendido.

Una vez que ella por enfermedad estaba durmiendo dentro de la casa, el niño hizo una lumbre en el patio: empezó á hacer viento, y algunas hojas encendidas volaron hacia el techo, con lo que éste empezó á arder. El niño entonces, lleno de susto, corrió gritando hacia la cama de su madre; la casa se había llenado de humo, y las llamas abrazaban ya una gran parte del techo; pero ya era tarde: su casa, su cama, sus ropas y sus pobres muebles, se habían quemado, y hasta ella misma tuvo que sufrir algunas quemaduras.

Todos estos males fueron causados por la desobediencia del niño.

Amor fraternal.

Augusto y Marcelo eran hermanos.

Un día riñeron, y mientras caminaban, dándose la espalda, Augusto vió pasar una mujer que tenía en sus brazos unos niñitos dormidos. El uno estaba recostado sobre su brazo derecho, y el otro sobre el izquierdo, y las dos cabecitas rubias iban á unirse encima del corazón. ¡Oh! dijo entre sí Augusto; así era como nuestra madre nos llevaba cuando éramos pequeñitos. Estábamos reunidos sobre su corazón, y hoy, ¡hemos de huir uno de otro como si fuéramos enemigos! Diciendo esto Augusto corrió á abrazar á Marcelo!

Y ambos prometieron que siempre que estuvieran á punto de enfadarse uno con otro, pensarían en su madre, y acabarían por caer el uno en brazos del otro.

(Guyau.)

Amor á nuestros semejantes.

El niño Luis era hijo de un buen artesano, que aunque no era rico, ganaba lo suficiente para mantener y educar á sus hijos. El niño era de muy buen corazón: jamás se molestaba con las travesuras de sus compañeros: se entristecía mu-

chísimo cuando veía que alguno de ellos andaba descalzo ó cubierto con harapos, ó sin abrigo en tiempo de invierno; y decía para sí; ¡cómo siento no ser rico para dar á este pobrecito todo lo que necesita!

Cuando alguno de sus compañeros se enfermaba, Luis era el primero en visitarlo, y servirlo en lo que podía, yendo á llamar al médico, ó á traerle las medicinas.

Cuando veía que algunos niños se burlaban de los cojos y los ciegos, no podía dejar de reprenderlos, diciéndoles: no quiera Dios que alguno de Udes. quede ciego ó cojo, porque tendrá que sufrir lo que estos pobrecitos.

El padre de Luis cada ocho días le daba un tostón para que comprara juguetes ó golosinas; pero al cabo de algún tiempo, viendo que el niño no tenía ningún juguete, le preguntó en qué gastaba su dinero; el niño no hallaba qué responderle, temiendo que su padre fuera á molestarle.

Este llegó á pensar que su hijo jugaba aquel dinero, y hasta lo reprendió; pero pronto salió de su error: un día se presentó en su casa una pobre anciana, manifestando que quería hablar con Luis en presencia de su papá.

Entonces éste oyó las siguientes palabras: niño,

á ti te debo la vida: enferma, anciana y en la miseria, tú me has dado muchas veces el pan que necesitaba para mi alimento. ¡Dios te bendiga á tí y á tus buenos padres!

Hijo mío, le dijo el padre abrazándolo, y con las lágrimas en los ojos. ¿Porqué me habías ocultado que eras tan bueno?

¿Porqué no me habías dicho que lo poco que te doy lo empleas en hacer el bien á los pobres?

En lo de adelante te daré dos tostones para que puedas hacer mayor bien á los necesitados.

Señor, dijo la anciana, no necesita Ud. hacer ese sacrificio, pues si bien yo estaba en la pobreza, era porque hombres de mal corazón me habían quitado los muchos bienes que tenía; y ahora que he logrado recobrarlos, los pongo todos á disposición de Ud. y de su hijo, que serán mis únicos herederos,

Abnegación.

A Enrique, niño aplicadísimo al estudio, le había dado su papá un peso para que comprara el juguete que más le gustara.

El niño recorrió la calle del comercio, deteniéndose ante los aparadores de tiendas y dulcerías: cuando estaba para comprar el juguete de su ma-

yor agrado, vió que pasaba cerca de él un niño huérfano, enflaquecido y cubierto de harapos, pidiendo una limosna por el amor de Dios.

¡Pobrecito niño! dijo para sí Enrique, ¿qué sentiría yo, si muriéndome de hambre, como él lo está, lo viera bien vestido, alegre, y divirtiéndose contento con este juguete? ¡Pobrecito! más necesario es que él coma que el que yo me divierta con lo que pienso comprar.

Se le arrasaron los ojos de lágrimas, y llamando al niño, compró para él con la moneda que tenía el pan que necesitaba para saciar el hambre.

Conmovida por aquella noble acción de Enrique una señora rica, que la había presenciado sin que él lo advirtiera, le regaló el juguete, colmándolo de caricias, y puso en sus manos unas moneditas de oro para que le mandara hacer un par de vestidos á aquel pobrecito niño.

Este rasgo de abnegación de Enrique, es digno de ser imitado por todo el mundo.

LA GRATITUD.

(ANTIGUA HISTORIETA.)

Hace un poco más de 1800 años que un pobre esclavo fué sentenciado en Roma á morir despedazado por un león hambriento.

Cuando algún infeliz moría de esta manera, el emperador y casi todo el pueblo, se gozaban en presenciar la ejecución, porque eran muy malas las costumbres y los sentimientos de la mayor parte de los hombres de aquella época.

Cuando más pensaban divertirse, esperando que el león se arrojara sobre el esclavo, vieron con admiración y asombro, que la terrible fiera, al abrirse la puerta de su jaula, se dirigió á él haciéndole caricias, y echándose á sus piés.

Admirado el emperador, lo mandó traer á su presencia para preguntarle la causa de aquel suceso tan extraño. El esclavo contestó que hacía algunos años, hallándose en un bosque de Africa, se encontró derepente con aquel león, que, arrastrándose, le presentó un pié en que tenía clavada una espina. Él compadecido, se la sacó, recibiendo después del animal muchas caricias, que le animaron á seguirlo á su cueva, en donde por mucho tiempo se alimentó con la carne que aquél le llevaba. Cansado de tan triste vida, se alejó de él, y después descubierto por su amo, fué vuelto otra vez á la esclavitud.

El león, al salir de la jaula para devorarlo, lo reconoció, y ésta fué la causa de que le hiciera tantas fiestas y caricias.

Al oír este relato, el emperador, enternecido,

le dió al esclavo la libertad y le regaló el león, exclamando delante del pueblo:

“Parece imposible que haya tantos hombres que jamás agradecen un beneficio, cuando hasta las fieras les dan tan grandes ejemplos de gratitud para con quienes les hacen bien.”

La Gratitude Premiada.

Julián era hijo de un carpintero. Siendo muy niño todavía, quedó huérfano, y un hombre rico y caritativo lo recogió, lo educó, y le dió el oficio de la carpintería. Cuando tenía ya 17 años, su protector, entregándole bastante dinero, le dijo: Julián, quiero que viajes por algunos pueblos de Francia, para que te perfecciones en tu oficio, viendo como se trabaja allá, en los mejores talleres de carpintería.

Julián viajó tres años, y volvió á su pueblo con muchos deseos de ver y abrazar á su protector; pero cuando llegó tuvo que llorar con amargura, pues supo que éste había fallecido repentinamente.

Tomó entónces en alquiler una casita donde se puso á trabajar. Supo á poco que unos sobrinos

de su padre adoptivo, iban á vender todo lo que había sido de éste, y se dirigió al lugar de la venta, para ver por última vez el retrato de la persona á quien había querido tanto.

Pero al llegar halló que aquellos ingratos estaban poniéndole el precio de 50 centavos á tan valiosa prenda, y como él los traía, lo compró.

Cuando ya lo llevaba á su casita notó que pesaba mucho, y al colgarlo en un clavo de la pared, se cayó éste, rompiéndose la tela de atrás del retrato; por la rotura salieron muchos cartuchos de dinero. y un papelito en que su bienhechor había escrito estas palabras: como mis sobrinos han sido muy ingratos para conmigo, supongo que venderán mi retrato, y como no lo ha de comprar sino la persona que me haya querido mucho, á esta persona le dejo todo el dinero que está aquí.

Julián derramó lágrimas de gratitud y bendijo mil veces á su protector.

(Resúmen de una historieta contenida en la Moral Práctica de Barrau.)

La Probidad premiada y la mala fé castigada.

Una mañana muy temprano llegaron dos muchachos al mercado, extendieron sus puestos, y

se sentaron á aguardar que fueran viniendo compradores. Ricardo vendía melones y otras frutas; y Guillermo ostras y pescado. Corrían las horas y nuestros dos vendedores veían con gusto que sus puestos iban disminuyendo, y sus bolsillos se iban llenando de monedas. No quedaba ya más que un melón en el puesto de Ricardo, cuando un caballero que pasó junto á él, poniendo la mano en la fruta, exclamó: ¡“Qué melón tan bueno y tan hermoso! Creo que me lo llevo; ¿cuánto quieres por él, muchacho?”

“Este melón es el último que me queda, señor; y aunque parece muy bueno, tiene por el otro lado una parte que comienza ya á podrirse, dijo Ricardo, volviendo el melón para que lo viera el caballero.”

“Es verdad repuso éste; entonces no lo llevo. Pero, añadió, mirando á Ricardo con fijeza, ¿te parece buen modo de comerciar decirles á los compradores los defectos que tiene la fruta?”

“Me parece mejor que faltar á la honradez, señor, dijo” Ricardo.

“Tienes razón, hijo mío, repuso el hombre: dí siempre la verdad, y Dios y los hombres te favorecerán. Ahora no tienes otra cosa que pueda comprarte; pero en lo sucesivo no me olvidaré del lugar en que queda tu puesto.”

Siguió el caballero su camino hacia el puesto de Guillermo, y parándose en él, le dijo; “Esas ostras que vendes tienen buena cara, ¿están frescas?”

“Si señor, respondió Guillermo, frescas de esta mañana.” El caballero le compró unas docenas, y se fué con ellas á su casa.

Cuando este se alejó, Guillermo se volvió hacia Ricardo, y le dijo;

“¡Vaya si eres simple hombre! ¿Para qué le dijiste á ese señor, que tenía un punto que empezaba á podrirse tu melón? ¿Quién le lo manda? Ahora tienes que irlo cargando hasta tu casa, ó ver donde lo echas.” “Yo sí se la pegué bien con las ostras: se las dí al mismo precio que si fueran frescas. Si se hubiera llevado el melón, es seguro que no lo hubiera visto hasta llegar á su casa.”

“Pero á mí no me gusta engañar á nadie con mis palabras ni mis hechos, dijo Ricardo; aunque me hubieran dado el doble de lo que he ganado en la mañana, no lo hubiera hecho. Además, en resumidas cuentas, yo soy quien salgo ganando, porque tengo un marchante más, y tú tienes uno menos.”

Y, en efecto, así sucedió: desde el siguiente día el caballero, le compró á Ricardo un buen

canastillo de fruta, y nunca más volvió á gastar un centavo en el puesto de Guillermo.

Como ya sabía que lo que Ricardo vendía era de buena calidad, siempre le iba á comprar; y algunas veces se detenía á conversar con él unos momentos, informándose de sus esperanzas y proyectos para el porvenir.

A Ricardo le gustaba mucho el comercio. Cuando llegó el invierno el caballero tuvo necesidad de un muchacho de confianza para su tienda, y acordándose de Ricardo, le dió aquella colocación. Vínose Ricardo á vivir con él; y cada vez fué ganando más su confianza, hasta que al fin, llegó á ser socio suyo en la casa de comercio que tenía.

(Copiado.)

La probidad. (bís)

EL ANCIANO CIEGO.

Un pobre ciego, ya anciano, estaba sentado á la orilla de un camino que iba desde su pueblo á la ciudad vecina, y los transeuntes echaban de cuando en cuando una moneda en su sombrero. Tenía junto á sí una niña que era su nietecita, cuya rísa, tan inocente como jovial, regocijaba á veces el semblante del pobre hombre. Las gracias de esta niña llamaban la atención de los cami-

nantes, y contribuían á aumentar las limosnas que echaban en el sombrero del pordiosero.

Un día que estaba jugueteando en medio del camino, pasó por allí entre una nube de polvo, una silla de posta tirada por cuatro caballos. Al alejarse el carruaje, volvió la niña á sus juegos, y se sorprendió de hallar en medio del camino una cosa que no había visto jamás: era una cartera que ella entregó á su abuelo.

Tomóla el anciano, y notando que estaba llena y cerrada con una cerrajita, lejos de tratar de abrirla, se puso en camino para la ciudad, con ánimo de entregarla al alcalde.

En aquel momento pasó por allí un labrador que conocía al pobre ciego, y acercándose á él le dijo: "¿Qué es éso que tenéis en la mano?—Una cartera que mi nieta ha hallado en el camino, y que probablemente ha caído del coche que acaba de pasar."

Voy á llevarla al alcalde de mi lugar, para que la recobren los que la han perdido, si la reclaman. —¡Qué tonto sois! esa cartera está probablemente llena de billetes de banco, y puede hacer vuestra fortuna; quedaos con ella, y no lo digáis á nadie.—¡Yó quedarme con lo ageno! contestó el buen anciano; Dios me libre; prefiero ser pobre

con la conciencia tranquila, que rico con remordimientos.

Y al decir ésto, prosiguió su camino, llegó al pueblo, y entregó la cartera al alcalde, la cual habiendo sido reclamada al día siguiente, volvió á la posesión de su legítimo dueño.

El buen anciano rehusó enérgicamente la justa recompensa que se le ofreció, contestando de este modo á los que le instaban para que la aceptase, entre otros al labrador del mal consejo:

“La mejor recompensa para un hombre de bien es el testimonio de su conciencia, que le dice haber obrado como Dios manda.

(De la Moral Práctica por Barrau.)

El bien se ha de hacer á tiempo.

ARREPENTIMIENTO TARDIO.

“Luis ¿no quieres traerme un vaso de agua fresca?”—dijo á su hermanito la pequeña Sofía, que estaba en cama con una calentura abrasadora.

Pero Luis, como si no lo hubiera oído, siguió jugando con su trompo, y acabó por olvidarse enteramente de lo que su hermanita le había dicho.

A los pocos momentos, Sofía volvió á decirle:—“Luis, ¿qué, no me traes mi vaso de agua?

Dejó entonces Luis su trompo, tomó un vaso, lo llenó de agua en una cubeta que allí había, y lo llevó á su hermana.

Pero cuando ella lo acercó á sus labios abrasados, y sintió el agua tibia, lo retiró, y volviendo su cabecita, dijo: “Ay, hermano, yo quisiera que me trajeras agua fresca, acabada de sacar del pozo.”

“¿Porqué no bebes esa que que te traje?—dijo Luis con tono bastante áspero,—no tengo ahora tiempo para ir hasta el pozo á sacarla: estoy muy ocupado.”

Sofía tomó el vaso, y apuró el agua que Luis le había traído; pero era la última vez que le pedía un favor: todavía no se había puesto el sol de aquella tarde cuando ella estaba junto á la Fuente de la Vida, libando de sus aguas, que apagan la sed eternamente.

Entre todos los que rodeaban el ataúd de la niña Sofía, ninguno había que llorara más amargamente que su hermano Luis, quien no podía olvidar que le había negado el último favor que le pedía.

Niños: ¿son Udes. buenos con sus compañeros, ó son desabridos y egoistas? Tengan presente que ha de llegar un día en que algunos bajen al sepulcro: ¡Con cuánto gusto darían entonces todo lo que tienen por volver á verlos!

Luis tenía muy buen corazón, y quería mucho á su hermanita. Esta hacía muy pocos días que se había enfermado, y Luis no creyó que tan pronto se fuera á morir. Pero ésto no le consolaba cuando se murió.

“¡Ay mamá!—decía—si siquiera le hubiera traído el agua fresca que me pedía, ahora estaría yo más tranquilo; pero ya no puedo volver á darle gusto en nada!

Cuando estén Uds. á punto de reñir entre sí, de ser egoistas, piensen en que, si á alguno le tocara morir, el que quedara siempre tendría presente su falta de complacencia con él y las palabras duras que le hubiera dicho; pero ya entonces sería demasiado tarde para retirarlas, demasiado tarde para pedir perdón.

(Copiado.)



2do. Año Escolar.

(Advertencias para la enseñanza de la Moral en este curso)

A fin de que se tenga una idea completa del método que debe seguirse en la enseñanza de la Moral en el 2^o año escolar, presentamos las instrucciones siguientes para la formación del plan correspondiente á la primera lección.

1^o Se dará principio con una ligera conversación sobre la necesidad que tienen los niños de conocer sus deberes morales, para que obrando tempranamente de conformidad con ellos, puedan formarse pronto el hábito de la práctica del bien.

2^o Manifestará el maestro á los niños, que la lección vá á versar sobre el más importante de los deberes que tenemos para con nuestros padres.

3^o Diálogo socrático sobre el tema de la lección.

4^o Exposición por los niños de diversos modos directos ó indirectos para manifestar el amor que tienen á sus padres.

Luis tenía muy buen corazón, y quería mucho á su hermanita. Esta hacía muy pocos días que se había enfermado, y Luis no creyó que tan pronto se fuera á morir. Pero ésto no le consolaba cuando se murió.

“¡Ay mamá!—decía—si siquiera le hubiera traído el agua fresca que me pedía, ahora estaría yo más tranquilo; pero ya no puedo volver á darle gusto en nada!

Cuando estén Uds. á punto de reñir entre sí, de ser egoistas, piensen en que, si á alguno le tocara morir, el que quedara siempre tendría presente su falta de complacencia con él y las palabras duras que le hubiera dicho; pero ya entonces sería demasiado tarde para retirarlas, demasiado tarde para pedir perdón.

(Copiado.)



2do. Año Escolar.

(Advertencias para la enseñanza de la Moral en este curso)

A fin de que se tenga una idea completa del método que debe seguirse en la enseñanza de la Moral en el 2^o año escolar, presentamos las instrucciones siguientes para la formación del plan correspondiente á la primera lección.

1^o Se dará principio con una ligera conversación sobre la necesidad que tienen los niños de conocer sus deberes morales, para que obrando tempranamente de conformidad con ellos, puedan formarse pronto el hábito de la práctica del bien.

2^o Manifestará el maestro á los niños, que la lección vá á versar sobre el más importante de los deberes que tenemos para con nuestros padres.

3^o Diálogo socrático sobre el tema de la lección.

4^o Exposición por los niños de diversos modos directos ó indirectos para manifestar el amor que tienen á sus padres.

5° El maestro escribirá en seguida en el pizarrón la máxima de que trata: la leerá despacio, y hará que la lean los alumnos; la borrará en seguida, y hará que la repitan los niños más torpes hasta que se les fije en la memoria. Si fuere posible, una vez terminada la clase, y al pasar los niños á trabajos en silencio en las mesas, se les ordenará que escriban en sus páginas la máxima aprendida.

Mucho recomendamos á los señores profesores la preparación de estas lecciones, cuyo plan debe desarrollarse de conformidad con la forma socrática. Para ésto es indispensable fijar bien las partes principales de la lección, las preguntas capitales que en cada parte deben hacerse, las consecuencias ó consideraciones que puedan desprenderse de la máxima que constituye el tema de la lección, y los ejercicios de aplicación y de invención correspondientes.

Concluiremos advirtiendo á los jóvenes maestros, que los conceptos que se ven en el plan que presentamos al principio de cada parte de las lecciones, sólo sirven para fijar las ideas en las respectivas divisiones; pero no para enunciadas ante los niños.

(Boletín de Instrucción Primaria de Nuevo León.)



2° CURSO.

Diálogo Socrático.

Debemos amar á nuestros padres más que á nadie en el mundo.

PRIMERA PARTE.

Es justo corresponder las acciones buenas con otras semejantes.

—Si Juan te presta su pelota, ¿crées justo prestarle alguna vez la tuya?

—Si Enrique te ayuda á hacer alguna cosa que tú no puedas hacer sólo, ¿será justo que tú le ayudes cuando él te necesite?

—Si Pedro te defiende ¿será de justicia que tú le defiendas también?

—¿Serán buenas ó malas las acciones que contigo han hecho Juan, Enrique y Pedro?

—¿Serán buenas ó malas las que tú desear hacer con ellos?

—¿Porqué correspondeste tú acciones buenas con otras buenas también?

D.—*Porque es justo corresponder las acciones buenas con otras semejantes.*

SEGUNDA PARTE.

Las manifestaciones de cariño son acciones buenas.

—¿Consideras malo que Antonio te dé un abrazo?

—¿Juzgas bueno que Leopoldo quiera andar siempre contigo, para jugar ó para proporcionarte alguna diversión que á tí te guste?

—¿Qué te demuestran con sus acciones Antonio y Leopoldo?

—¿Qué clase de acciones son entonces las manifestaciones de cariño?

D.—Las manifestaciones de cariño son acciones buenas.

TERCERA PARTE.

Las manifestaciones de cariño deben corresponderse.

Dijimos que es justo corresponder las acciones buenas con otras semejantes, y ahora decimos que el cariño es una buena acción; luego ¿qué debemos hacer con las personas que nos manifiestan cariño? D.—*Cuando una persona nos manifieste cariño, debemos correspondérselo.*

CUARTA PARTE.

Debemos amar á nuestros padres más que á nadie en el mundo.

—¿Consideras justo corresponder con igual cariño á todas las personas que te quieran, aunque veas que unas te quieren más que otras?

—¿Quién te quiere más que tus padres?

—Luego, ¿cómo debemos amar á nuestros padres?

D.—*Debemos amar á nuestros padres más que á nadie en el mundo.*

EJERCICIOS COMPLEMENTARIOS.

—¿Como deberemos manifestar á nuestros padres el amor que les tenemos?—¿será bastante decirles que los queremos mucho?

—¿Pues qué no bastará que se los digamos?

—Luego ¿cómo deberémos manifestarles nuestro cariño?

Debemos probar á nuestros padres el amor que les tenemos con acciones que nos cuesten algún trabajo, y en caso necesario con verdaderos sacrificios.

—¿Podrá haber otros medios de manifestar el cariño á los padres, además de hacer algo por ellos directamente?

—¿El niño que no cumple con sus deberes en la escuela, podrá decir que ama á sus padres?

—¿El que no cuida, como debe, sus ropas, libros y demás cosas que le dan sus padres, podrá querer á éstos?

—¿Podrán los padres encontrar manifestación de cariño de parte de sus hijos, cuando éstos los engañaren?

DIALOGO SOCRATICO.

Debemos obedecer á nuestros padres.

PRIMERA PARTE.

Los niños necesitan de la dirección de sus padres

—¿Podrá un niño por sí solo conocer sus deberes?

—Hay muchas cosas que, pareciéndonos buenas, son muy malas: siendo, por el contrario, buenas y provechosas, otras que nos parecen malas. ¿Le es fácil á un niño distinguirlas por sí mismo?

—Si un niño por falta de conocimiento hace una cosa mala, ó que le perjudique ¿podrá conocer su error si no hay otra persona que se lo advierta?

—Pues si no puede por sí mismo adquirir estos conocimientos, tan necesarios para su felicidad, ¿no necesita de una persona que se los dé? ó más claro, que lo dirija en todas sus acciones?

—Pero, ¿quiénes pueden ser esas personas que tanto quieran interesarse por la felicidad de los niños?

—¿Qué inferiremos de esto?

Alumnos.—*De esto se infiere que los niños necesitan de la dirección de sus padres.*

SEGUNDA PARTE.

De nada serviría esta dirección sin la obediencia.

—Supongan Uds. que á Manuel le enseña su padre el deber de respetar á los ancianos, y el niño se burla de ellos, ¿de aprovechará la enseñanza de su padre?

—Si á Luisa le prohibiera su mamá una mala compañía, y la niña siguiera con ésta, ¿de serviría de algo la prohibición?

—Si á Tomás le advirtieran sus padres del peligro de jugar con armas de fuego, y él un día, por no haberlos obedecido, se hiriera ó matara con una pistola, ¿sacaría algún provecho de la advertencia que se le hizo?

—Y ¿cómo se llama éso de hacer lo que se nos manda, aconseja ó advierte?

—¿Qué pueden Uds. sacar de esto?

Alumnos.—*Inferimos que de nada servirá la dirección de nuestros padres si no los obedecemos.*

TERCERA PARTE.

Debemos obedecer á nuestros padres.

—Sabemos ya que los niños para su propio bien necesitan de la dirección de sus padres, y que ésta de nada serviría sin la obediencia.

¿Qué debemos inferir de esto?

Niños.—*Inferimos que debemos obedecer á nuestros padres.*

(En éste diálogo y en la mayor parte de los que siguen omitimos los ejercicios complementarios porque se pueden hacer fácilmente.)

DIALOGO SOCRATICO.

Es natural amar mucho á nuestros hermanos.

PRIMERA PARTE.

Es natural tenerles cariño á las personas que nos lo tienen.

—Si Anselmo le presta á Juan su trompo ¿le tendrá cariño?

—Si Fermín, cuando un niño malo quiere golpear á Ricardo, viene á la defensa de éste ¿por qué lo hace?

—¿Porqué Tomás visita todos los días á Onofre, cuando sabe que está enfermo?

—En estos tres casos Anselmo ha mostrado cariño á Juan, Fermín á Ricardo y Tomás á Onofre; si después de ésto, el primero pidiera prestado á Juan su pizarra ¿piensan Uds. que se la prestaría?

—Si Ricardo viera acometido á Fermín ¿debería salir á su defensa?

—Si se enfermara Tomás; ¿no sentiría Onofre deseos de visitarlo?

—Bueno; pues ¿qué es lo que sienten Juan, Ricardo y Onofre que les hace corresponder así á sus compañeros de quienes han recibido los favores antes referidos?

—Y ¿porqué sienten ese cariño?

DD.—*Porque es natural sentirlo para con las personas que nos lo tienen.*

SEGUNDA PARTE.

Nuestros hermanos nos tienen cariño.

—¿Nó han observado lo que sienten sus her-

manitos cuando alguno de Uds. está enfermo?

—¿Saben lo que hacían sus hermanitos mayores cuando los oían llorar en la cuna?

—Después ¿si cuando pequeñitos ustedes todavía, les pedían á ellos alguno de sus juguetes, ó un pedacito de los dulces que comían ¿se los negaban?

—Y ¿porqué sus hermanitos hacían todo eso con ustedes?

DD.—*Lo hacían porque nos tienen cariño.*

TERCERA PARTE.

Es natural amar mucho á nuestros hermanos.

—Si es natural amar mucho á los que nos aman, y si es cierto que nuestros hermanos nos tienen cariño, ¿qué podemos sacar de todo esto?

DD.—Que es natural amar á nuestros hermanos.

—Y si alguna persona los ama mucho más que otra, ¿á cuál de las dos es natural amar más?

—Y ¿qué les parece del amor que les tienen sus hermanos, comparado con el de otras personas que no son más que amigos de Uds.?

—Entonces ¿qué debemos de inferir de todo esto?
DD. — *Que es natural amar mucho á nuestros hermanos.*

DIALOGO SOCRATICO

Sobre el deber de hacer el bien á los demás.

PRIMERA PARTE.

Todos queremos que se nos haga el bien.

—Si Uds., niñitos, algún día no tuvieran que comer, ó en el camino se sintieran acongojados por la sed, ¿no desearían que alguno les diera un pedazo de pan ó una poca de agua?

—Si estuvieran enfermos ¿no desearían que alguien estuviera á su lado, los curara, y les diera los alimentos que necesitaran

—Si alguno de Uds. se viera acometido por una fiera ¿no querría que se le prestase socorro?

—Y ¿qué les harían las personas que en todos estos casos los favorecieran?

—Según esto, Uds. quisieran que los demás les hicieran el bien que necesitaran para Uds.

mismos; ¿y qué piensan que querrían ellos si se hallasen en las mismas necesidades en que he supuesto que se hallaban mis queridos discípulos?

—¿Qué inferimos de ésto?

DD. — *Que todos queremos que se nos haga el bien que necesitamos.*

SEGUNDA PARTE.

Debemos hacer á los demás lo que queremos que se nos haga.

—Si de dos personas que fueran por un camino donde Luis hubiera caído enfermo, una se pasara sin hacer caso de sus lamentos, mientras que la otra se le acercara para socorrerlo, ¿qué diferencia hay entre la conducta de las dos?

—Si de dos personas que encontraran á José extraviado en un bosque, sólo una se prestara para mostrarle el camino, ¿se nota también diferencia entre la conducta de las dos?

—¿Cuál es esta diferencia?

—Si la persona que se negó á socorrer á Luis en su enfermedad, cuando estaba en el camino, hubiera sido la enferma, y la que no quiso sacar

del bosque á José hubiera sido la extraviada, y Luis y José quienes les hubieran negado el auxilio que solicitaban, ¿qué piensan Uds. que ellos hubieran juzgado de la conducta de Luis y José?

—Bien, Uds. piensan que esas personas obraron mal negando á Luis y á José el bien que hubieran querido para sí mismas, si lo hubieran necesitado, y ellas que Luis y José obraron igualmente mal, no prestándose á hacerles lo que hubieran querido para sí en el mismo caso. ¿Cómo obra entonces el que no hace á otro lo que quisiera para sí mismo?

—Pero el que se niega á hacer á otro alguna cosa sólo obra mal cuando tiene el deber de hacerla: con que si todas estas personas han obrado mal, no haciéndose las unas á las otras el bien que querían para sí mismas, ¿qué podemos inferir de todo esto?

DD. — Inferimos que debemos hacer á los demás el bien que queremos que se nos haga.

TERCERA PARTE

Debemos hacer el bien á los demás.

—Me han dicho Uds. que todos queremos que se nos haga el bien, y que, debemos hacer

á los demás lo que quisiéramos para nosotros mismos, ¿qué podemos inferir de aquí?

DD. — Que debemos hacer el bien á los demás hombres.

EJERCICIOS COMPLEMENTARIOS.

—Deseo que me expresen Vds. algunos casos en que una persona pueda necesitar del auxilio de los demás.

—Ahora, algunos en que se obre mal negándoseles ese auxilio.

—Si cuando otro necesita un bien, me fuere imposible hacérselo, ¿obraré mal presentándole mis excusas?

—Díganme Uds. algunos casos en que ésto pueda suceder.

—¿Qué es lo que merece el que, pudiendo hacer el bien, no se presta para ello?

—¿Cómo es visto por todos el que siempre está dispuesto á favorecer á los necesitados?

DIALOGO SOCRATICO.

Debemos amar á nuestros maestros, tanto como á las personas de nuestra familia.

PRIMERA PARTE.

Debemos amar á los que nos hace algún bien.

---Maestro.---Si cuando Luis se cae le dá Juan la mano para levantarlo, ¿juzgan Uds. que á éste debe el primero corresponderle con su cariño?

---José le dá un vaso de agua á Julio, que tiene sed, ¿qué es lo que éste debe sentir para con él?

---Cuando Anselmo le repasa la lección á Onofre para que la aprenda, ¿cómo debe ser correspondido el primero?

---¿Cómo debe considerarse todo eso, que Luis, José y Anselmo han hecho con sus compañeros?

---Entonces ¿porqué creen Uds. que éstos deben corresponderles con su cariño?

Discípulos.—Lo creemos así porque *debemos amar á los que nos hacen algún bien.*

SEGUNDA PARTE.

Los maestros nos hacen mucho bien.

M.—¿Cómo consideran Uds. el que se les enseñe á leer, escribir, contar y otras cosas que les servirán de mucho?

---Si cuando uno de Uds. no puede aprender alguna cosa hay una persona siempre dispuesta á enseñársela, teniéndole mucha paciencia ¿juzgan que es un bien ó un mal lo que ésta hace?

---¿Creen Uds. que es un mal el que les hace quien todo el día los cuida para que ninguno le haga daño á otro?

---Y ¿qué piensan que les hace el que constantemente se empeña con sus consejos en que eviten todo cuánto les perjudique, y en que hagan lo que puede producirles mucho bien?

Pues ¿quién es esa persona que los instruye con paciencia, los cuida todo el día, y les dice siempre qué es lo que les perjudica y qué es lo que les aprovecha?

Luego ¿qué es lo que nos hacen nuestros maestros?

---Discípulos.—*Los maestros nos hacen mucho bien.*

TERCERA PARTE.

Debemos amar á nuestros maestros.

—Hace un momento me dijeron Uds. que debemos amar á los que nos hacen algún bien, y acaban de expresar que los maestros nos hacen mucho bien; luego ¿qué debemos sentir para con ellos?

Discípulos.—*Debemos amar á nuestros maestros.*

CUARTA PARTE. —

Debemos amarlos como á las personas de nuestra familia.

M.—Cuando hay varias personas que nos hacen beneficios, y todos éstos nos son igualmente provechosos, ¿piensan Uds. que es justo amar á unas más que á otras?

—¿Y les parece á Uds. que los beneficios que recibimos de los maestros son menos importantes y provechosos que los que nos hacen las personas de nuestra familia?

—En consideración á esto, ¿qué clase de cariño debemos sentir para con nuestros maestros?

D.—*Debemos amarlos tanto como á las personas de nuestra familia.*

DIALOGO SOCRATICO.

Debemos respetar á los mayores.

PRIMERA PARTE.

La experiencia, la instrucción y la prudencia hacen á una persona superior á otra.

M.—Pablo estudia el 2^o año y Juan el 4^o. ¿Són los dos iguales en instrucción?

—Andrés tiene 6 años y Onofre 12; ¿quién de los dos es de más experiencia, es decir, quién ha visto más cosas, quién ha oído más, quién conoce mejor lo que resulta de hacer ésto ó aquello?

—Juzgan Uds. á Andrés igual á Onofre, ¿ó éste les parece superior al primero?

—Francisco no es prudente, porque habla mucho, se enoja fácilmente con sus compañeros, y se burla de todos, mientras que Federico habla poco,

tolera las travesuras y los defectos ajenos. ¿Les parecen iguales los dos, ó uno superior al otro?

—Pues, ¿porqué Juan es superior á Pablo, Onofre á Andrés y Federico á Francisco?

—¿Qué infieren Uds. de ésto?

DD.—*Inferimos que la instrucción, la experiencia y la prudencia hacen á una persona superior á otra.*

SEGUNDA PARTE.

Las personas mayores tienen más instrucción, prudencia y experiencia que los niños.

—Si Juan con dos años de adelanto que le lleva á Pablo tiene más instrucción que él; si Onofre con 6 años más que Andrés le supera en experiencia, y si Federico, aunque es niño todavía, tiene más prudencia que Francisco, ¿qué les parece á Uds. de la instrucción, prudencia y experiencia de las personas que tienen 20 ó 30 años más que ustedes?

DD.—Nos parece que *los mayores tienen más instrucción, prudencia y experiencia que los niños.*

TERCERA PARTE.

Los mayores en edad son superiores á los niños.

—Sabemos que la instrucción, la experiencia y la prudencia hacen á una persona superior á

otra, y acabamos de ver que las personas mayores poseen estas cualidades en un grado muy alto respecto de los niños, ¿qué debemos inferir de ésto?

DD.—Debemos inferir que *los mayores en edad son superiores á los niños.*

CUARTA PARTE.

Debemos respetar á los mayores.

—Juzgan Uds. que deben conducirse del mismo modo para con los que son sus iguales, que para con los superiores?

Les prestarían á éstos la misma atención, permanecerían sentados ó con la cabeza cubierta cuando les dirigieran la palabra, ó les quitarían el lado de la acera, al encontrarlos?

—¿Sáben Uds. cómo se llama todo esto que debemos á los superiores?

—DD.—Inferimos que *debemos respetar á nuestros mayores.*

COMPLEMENTARIO.

—¿Cómo se conduce el niño que da la acera á una persona mayor ó que se descubre la cabeza

al saludarla?

Pues ¿cuál es el deber con que se cumple al hacer todo esto?

Hay un niño que contradice á una persona mayor, ó no detiene el paso para contestarle cuando algo le preguntare, ¿cómo debe ser calificada su conducta?

¿Qué deber es el que contraría con ella?

Expresen Uds. algunas acciones que signifiquen respeto á los mayores.

Acuérdense de otras que contraríen este deber.

¿Cómo es juzgado por la sociedad el niño atento y respetuoso para con sus mayores?

¿Qué ventajas le resultan de este juicio?

¿Qué piensa todo el mundo del niño desatento y grosero para con sus mayores?

¿Qué males le pueden resultar de ser juzgados de esa manera?

DIALOGO SOCRATICO.

No debemos hacer mal á nadie.

PRIMERA PARTE.

Nadie quiere que le hagan ningún mal.

—¿A quién de Uds. le gustaría que Antonio le

quitara los centavos que le haya dado su mamá?

—¿A quién le parecería bien que Ricardo lo golpeará, sólo por que fuera ese niño más grande ó más fuerte?

—¿Nó les molestaría que Juan se burlara de Uds., ó les pusiera sobrenombres?

—¿Qué creen que con tales acciones les hicieran todos ellos?

—Supongan ahora que uno de Uds. es el que le quita los centavos á Antonio, otro el que golpea á Ricardo, y otro el que se burla de Tomás, ¿júzgan que á éstos niños les agradaría lo que sus tres compañeros les han hecho?

—Y ¿qué pensarán ellos que se les ha hecho un bien?

—Esto que ni á los unos ni á los otros les gusta que se les haga dicen Uds. que es un mal, ¿qué inferimos de ésto?

DD.—*Que nadie quiere que se le haga ningún mal.*



SEGUNDA PARTE.

No debemos hacer á otro lo que no queremos que se nos haga.

—Y les parece á Uds. que cuando ellos han hecho éso que no quisieran para sí, ¿han obrado bien, ó que no debieron haberlo hecho?

—¿Están seguros de no engañarse?

—¿Y si fuera uno de Uds. el que les hiciera lo que ellos no quieren para sí, no pensarán lo mismo que Uds., ésto es, que no debieron haberlo hecho?

—¿Qué sacamos de todo ésto?

DD.—*Que no debemos hacer á otro lo que no queremos se nos haga.*

TERCERA PARTE

No debemos hacer mal á nadie.

—Sabemos que nadie quiere que se le haga ningún mal, y que no debemos hacer á otro lo que no queremos que se nos haga, ¿qué debemos inferir de todo esto?

DD.—*Que no debemos hacer mal á nadie.*

MORAL.

(TERCER AÑO.)

A los maestros de este curso.

Para enseñar á los niños los temas de Moral contenidos en estos apuntes, el maestro debe leer muy detenidamente la parte que de ellos corresponda á la lección que vaya á dar.

Una vez que por esta lectura se haya penetrado bien del asunto, procurará arreglar el plan de la lección, poco más ó menos, como los dos que ponemos al fin de estos apuntes.

Hay en casi todos estos temas muchas ideas, á cuyo conocimiento pueden los niños ser llevados por el empleo de preguntas lógicamente ordenadas, y otros en que por lo imposible ó lo difícil que es para ellos alcanzarlas por medio del discurso dirigido en la forma socrática, se verá obligado el maestro á enseñarlas por medio de la simple exposición. Todo esto quiere decir que

para casi todas las lecciones del 3er. año se combinará la forma expositiva con la socrática.

No es raro que se empiecen las lecciones enseñando á los niños las definiciones literales de las ideas que sirven de temas á las lecciones v. g.: el honor, la sinceridad, etc. Este modo de proceder debe condenarse irremisiblemente; porque no dá á los niños ni siquiera la sombra de un conocimiento.

Las ideas morales, abstractas en su totalidad, sólo pueden hacerse accesibles á la inteligencia de los niños, tomando como punto de partida los hechos concretos y particulares. En la lección acerca del orgullo que ponemos al fin de estos apuntes puede verse de qué modo procedimos para dar á los niños la idea que es el asunto de dicha lección.

Los resúmenes no son, ni pueden ser, la exposición continuada de la totalidad de la lección sino la de sus puntos principales.

Para dirigir á los niños en este trabajo debe el maestro fijar en el pizarrón en el mejor orden y con la mayor concisión y claridad posibles las preguntas convenientes, á fin de que el conjunto ordenado de las respuestas dé el resumen de la lección.

S. Peña.

TEMAS DE MORAL.

(3ER. AÑO.)

El honor.

El honor es el buen concepto que de una persona que se conduce bien se forman las demás.

Los resultados de ese buen concepto son: la estimación para quien lo ha merecido, y la protección y ayuda que la sociedad entera está dispuesta á impartirle.

Tanto como aprovecha el honor á la persona que lo posea perjudica el carecer de él á quien fuere de mala conducta.

Su mala reputación le alejará á todos los buenos, tanto por el temor de que se les juzgue mal, como por que les inspira repugnancia su conducta.

Cuando llegue á encontrarse en la desgracia

para casi todas las lecciones del 3er. año se combinará la forma expositiva con la socrática.

No es raro que se empiecen las lecciones enseñando á los niños las definiciones literales de las ideas que sirven de temas á las lecciones v. g.: el honor, la sinceridad, etc. Este modo de proceder debe condenarse irremisiblemente; porque no dá á los niños ni siquiera la sombra de un conocimiento.

Las ideas morales, abstractas en su totalidad, sólo pueden hacerse accesibles á la inteligencia de los niños, tomando como punto de partida los hechos concretos y particulares. En la lección acerca del orgullo que ponemos al fin de estos apuntes puede verse de qué modo procedimos para dar á los niños la idea que es el asunto de dicha lección.

Los resúmenes no son, ni pueden ser, la exposición continuada de la totalidad de la lección sino la de sus puntos principales.

Para dirigir á los niños en este trabajo debe el maestro fijar en el pizarrón en el mejor orden y con la mayor concisión y claridad posibles las preguntas convenientes, á fin de que el conjunto ordenado de las respuestas dé el resumen de la lección.

S. Peña.

TEMAS DE MORAL.

(3ER. AÑO.)

El honor.

El honor es el buen concepto que de una persona que se conduce bien se forman las demás.

Los resultados de ese buen concepto son: la estimación para quien lo ha merecido, y la protección y ayuda que la sociedad entera está dispuesta á impartirle.

Tanto como aprovecha el honor á la persona que lo posea perjudica el carecer de él á quien fuere de mala conducta.

Su mala reputación le alejará á todos los buenos, tanto por el temor de que se les juzgue mal, como por que les inspira repugnancia su conducta.

Cuando llegue á encontrarse en la desgracia

tal vez nadie se acordará de él, y han de ser bien pocos los que estén dispuestos á tenderle la mano para levantarlo.

Así es que la buena opinión que de una persona se forme la sociedad contribuirá muchísimo á su bienestar y al de su familia.

Por lo tanto debemos interesarnos en conservar y aumentar esa buena opinión, para lo cual sólo necesitamos obrar bien, y cada día mejor.

La veracidad.

La veracidad es el hábito de decir lo que se piensa, porque se juzga que es la verdad.

La mendacidad, por el contrario, consiste en la inclinación que algunos tienen á decir mentira.

Tanto como es recomendable la veracidad es odioso y despreciable el vicio opuesto á ella.

El Creador, al concedernos el precioso don de la palabra, se propuso el que pudiéramos comunicar nuestros pensamientos á los demás. Luego si hacemos uso de él para decir mentira, contrariamos con ésto los altos propósitos con que se nos dió, y nos hacemos indignos de tan estimable favor.

Además, la sociedad entera aborrece la menti-

ra, considerando al que acostumbra decirla, como á una persona sin honor, y por consiguiente, como indigna de las consideraciones que se deben á las personas honradas.

Muchas veces sucederá que al mentiroso le interese muchísimo que se le crea, por el favor ó ayuda que en casos apurados necesite de los demás; pero su costumbre de mentir hará que nunca se le crea aunque diga la verdad.

Y no sólo se perjudicará á sí mismo, sino también á los demás, pues si le creen los induce en el error, y pueden, contando con la verdad de sus mentiras, hacer ó decir cosas, de que pueden resultarles graves males.

No por ésto se crea que debemos decir todo lo que pensamos. Lo que se nos exige es que nunca digamos lo que juzguemos que no es verdad.

Decir todo lo que pensamos es exponernos á lastimar algunas veces á otro, pues hay verdades que mortifican, entristecen ú ofenden á aquellos á quienes ó de quienes se dicen, sin que por otra parte resulte de ésto provecho para nadie.

La sinceridad.

La sinceridad consiste en manifestar, y decir siempre lo que sentimos.

El vicio que principalmente se opone á esa cualidad, que bien podemos llamar virtud, es la hipocresía.

Lo mismo que el mentiroso, el hipócrita contraría el propósito con que el Creador nos dió el don de la palabra.

Pero si la mentira es odiosa y repugnante, con nada puede compararse la odiosidad y repugnancia de la hipocresía.

El hipócrita muestra cariño á la persona á quien más odia, quiere aparecer siempre virtuoso, cuando tiene el corazón corrompido por el vicio, alaba y lisonjea á aquellos de quienes más se burla: en una palabra, es una víbora que oculta su veneno para hacer mortal su mordedura.

Es, pues, este vicio, uno de los que más deshonran y perjudican á la persona que lo tiene, haciéndola indigna de la amistad, de la compañía y de la protección de los demás.

No puede concebirse que una persona, al contraerse un compromiso, haya dicho lo que siente cuando falta á su palabra.

De ella se dice que obra de mala fé.

Así es que ésta debe ser considerada, como contraria á la sinceridad, y por consiguiente, como indigna de una persona honrada.

Dignidad Personal.

Se dice que poseen esta cualidad las personas que dan á sus deberes toda la importancia que realmente tienen, de tal manera que de ésto hacen un punto de honor.

Por el contrario, nadie atribuye dicha cualidad á quien no procura instruirse, ó es desaseado, ó se burla de los demás, ó falta á sus compromisos, etc.

Si una persona, aunque sea mala, sabe que otra desprecia sus propios deberes, naturalmente la juzga mal: así es que quien carezca de dignidad personal lo sabe mejor que nadie, y por consiguiente, quiera ó no quiera, tiene que juzgarse mal á sí mismo, y sentirse humillado ante su conciencia.

Y no puede haber un estado más lastimoso que el de aquel que va por todas partes con la vergüenza y el remordimiento pintados en el rostro.

Esta infelicidad viene á hacer mayor el desprecio con que todo el mundo ve al que no tiene dignidad, negándole las consideraciones que se guardan al hombre honrado, y los favores y ayuda que con frecuencia necesitamos los unos de los otros.

El Orgullo.

Hay personas que, juzgándose á sí mismas superiores á las demás en algunas cualidades, las tratan con desprecio. A esas personas se les llama orgullosas. Así, se ven ricos que tan sólo por serlo, humillan á los pobres: hay quienes, juzgándose instruidos, ven con desprecio á aquellos á quienes tienen por ignorantes: otros hay que por ser fuertes y audaces se burlan de los débiles, y no pocas veces sucede que algunos, haciendo consistir todo su mérito, en la belleza del rostro, tratan de humillar á aquellos á quienes negó la naturaleza tal exterioridad.

El orgullo proviene principalmente de dos cosas: 1^a. De que hay quienes no se conocen á sí mismos, porque el excesivo amor propio los ciega de tal manera que no ven sus propios defectos.

2^a De que no comprenden lo que realmente valen las cosas; de lo que resulta que dan una gran importancia á aquellas que nada ó casi nada significan.

A los que carecen de estos conocimientos, que suelen tener hasta los ignorantes, se les llama tontos: así es que á todos los orgullosos, aunque tengan alguna instrucción, se les aplica con toda propiedad aquel feo calificativo.

Hay, pues, ignorantes que no son tontos, porque se conocen á sí mismos, y respetan á los demás: á éstos se les considera en todas partes, aunque se lamente su falta de instrucción; pero á los orgullosos, aunque tengan alguna, se les juzga como seres ridículos, dignos solamente del desprecio universal.

Por otra parte, ¿cuántas veces sucederá que un rico orgulloso quede reducido á la miseria! ¿con qué semblante pasará junto á aquellos á quienes humillaba? ¿y si se vé obligado á pedir limosna ¿qué sucederá?

Huyamos siempre de este vicio aborrecible, y dejémosle para los que quieran merecer los calificativos de tontos y ridículos.

La Modestia.

Hay personas que, aunque superiores á otras, nunca hacen ostentación de su propio mérito, ni desprecian á nadie. A esta cualidad se le llama modestia.

El hombre modesto trata á los demás con afabilidad y benevolencia, considerando que la naturaleza racional que lo dignifica no es superior á la de sus semejantes, á quienes, por consiguiente, vé como quisiera ser visto por ellos.

Tanto como es odioso y ridículo el orgullo, es amable y digna de elogio la modestia.

El poseerla es señal de mucho juicio, muy buenos sentimientos, y de un gran respeto á la dignidad humana. En suma la modestia es la demostración más segura del verdadero mérito personal.

¿Y á quién no agrada la presencia, la compañía, la conversación y las maneras todas de quien trata con amabilidad á los grandes y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los sabios y á los ignorantes?

Por ésto la persona modesta es apreciada y respetada por cuantos tienen la dicha de conocerla.

Y si llega á sobrevenirle algun contratiempo, no hay quien no esté dispuesto á favorecerla, y cuando muere es considerado este acontecimiento como una desgracia, no sólo para sus amigos, sino también para la sociedad entera.

Tolerancia de los defectos ajenos.

No hay en el mundo nadie que carezca de defectos, ó que no necesite corregirse de algo.

¡Cuántos habrá que se juzguen sin defectos, porque no beben vino, ni juegan, ni roban; pero que hablan mucho, ó son perezosos, ó prontos

para enojarse, ú orgullosos ó desaseados. Interminable sería la enumeración de todos los defectos que puede tener el hombre.

Pero generalmente sucede que el excesivo amor que cada uno se tiene á sí mismo, lo ciega de tal manera que no ve sus propios defectos sino los ajenos, sucediendo lo que dijo Cristo: que vemos la pajita que el vecino tiene en sus ojos, y no la viga que está atravezada en los nuestros.

De no fijarnos en nuestros defectos proviene el que seamos intolerantes respecto á los que tienen los demás, censurándolos y burlándonos de ellos.

El que tal hace se juzga él mismo superior á sus semejantes, y por consiguiente merece el odio y el desprecio con que se castiga al orgulloso.

Nada tiene de malo observar los defectos ajenos, y hasta es muy útil hacerlo, siempre que nos propongamos observarnos en seguida á nosotros mismos, para corregirnos de ellos, si acaso los tenemos.

Mucho nos pueden ayudar en esta parte nuestros padres, maestros y amigos, personas todas autorizadas para advertirnos nuestros defectos, á quienes por tanto debemos oír sin molestarnos, y ántes agradeciéndoles esta muestra de cariño.

No olvidemos que quien tenga la fortuna de

conocer sus propios defectos jamás cometerá la necesidad de burlarse de los ajenos.

Resultados de la pereza.

Este vicio feísimo lo tiene el que se niega á trabajar, ya sea con sus brazos, ya sea con su inteligencia.

Esta y las fuerzas físicas nos fueron dadas por el Creador para que hagamos uso de ellas, aplicándolas al trabajo intelectual y al físico, de manera que si nos negamos á él, contrariamos este alto fin, lo cual basta para que se comprenda que es malísima la pereza.

Pero hay más: el que no aplica al estudio su inteligencia no podrá ser sino un infeliz ignorante: el que se niega al trabajo físico, siendo pobre, vivirá siempre en la miseria, sufriendo los resultados de ésta, y haciendo que los sufra su familia inocente. ¡Qué angustioso debe ser para un hombre presentar las manos vacías á sus pobrecitos hijos cuando le piden llorando un pedazo de pan!

¡Qué triste el no poder ser útil á nadie, ni siquiera á sí mismo!

El perezoso se vé obligado á veces á recurrir á la caridad pública, con lo que se convierte en

una pesada carga para la sociedad, y pierde su dignidad personal, pues ya entonces no depende de sí mismo, sino de los que le arrojan un mendrugo de pan.

Y no teniendo su pensamiento ocupado en cosas útiles forzosamente se inclinará á lo malo, por lo que los vicios serán siempre el resultado de la pereza y de la ociosidad.

El vicio de que hablamos es muy frecuente en los niños; pero recuerden éstos que si no se corrigen de él en su primera edad lo tendrán también cuando sean hombres, y no serán entonces más que unos seres envilecidos, dignos mas bien que de lástima, del desprecio de los demás.

Resultados de la ignorancia.

La ignorancia consiste en carecer de aquellos conocimientos que nos son necesarios, como el de la lectura, la escritura y las cuentas, el de nuestros derechos y deberes como hombres y como ciudadanos, el de los sucesos más notables de la Historia Patria, el de las causas de muchos fenómenos interesantes que se verifican á nuestra vista etc.

La inteligencia nos fué dada para que por su medio podamos alcanzar éstos y otros conoci-

mientos: el no aplicarla, pues, á este objeto, es despreciarla completamente, es ponerse al nivel de los brutos, los cuales no piensan en instruirse.

Los tristes resultados de la ignorancia son los siguientes:

El que no sabe leer se ve privado de adquirir las interesantes enseñanzas que los libros nos ofrecen, y de gozar de los encantos de muchas de sus lecturas.

El que no puede escribir un recibo, un contrato, una carta, etc., se verá obligado, cuando se ofrezca el caso, á valerse para ello de los demás. Ya ésto de por sí es vergonzoso para cualquiera, y si se trata de un asunto que sólo debe ser conocido por la persona que dirige y aquella á quien es dirigida una carta, ¿qué sucederá si el que se la escribe ó se la lee, no es una persona honrada, capaz de guardar un secreto?

Y ¡cuántas veces un ignorante ha sido portador de un recado que sólo contenía una amarga burla para él mismo!

El que no sabe contar está expuesto á mil errores, que pueden perjudicarlo en sus compras, ventas y en todo aquello en que se trate del dinero y del trabajo.

El que no conoce sus derechos ni sus deberes, es un pobre esclavo, que camina por donde otros

quieren llevarlo, y si éstos lo conducen á un precipicio, en él caerá sin remedio; por éso el ignorante está expuesto á los vicios, pues muchas veces juzga buenas las cosas que son malas, y como tales las que no lo son.

Tristísimo es no conocer los hechos gloriosos de nuestros héroes, las causas que producen tantas y tan admirables bellezas como lo son las que nos rodean, ni otras muchas cosas, que encantan el espíritu, y le dan mayor dignidad y grandeza al hombre.

Añádase á ésto que el ignorante, si es rico, es despreciado hasta por los pobres, cuando saben algo; y si es pobre, en vez de mejorar algún día su situación, consumirá su vida en trabajos durísimos para proporcionar á los ricos carbón y piedras de cantera, y para barrerles sus patios y caballerizas.

La Cólera.

Se le llama cólera á la ira ó excesivo enojo que sienten algunas personas por cualquier motivo.

El que éstas sean coléricas proviene casi siempre de su desmedido amor propio, que se siente molestado por cualquiera causa, y de una debilidad suma, propia de las almas pequeñas, que las

hace ser intolerantes con respecto á las faltas de los demás, porque no están acostumbradas á dominarse á sí mismas.

Horrible es el aspecto que el colérico presenta cuando está dominado por la ira. Su rostro se enciende y se desfigura: sus ojos inyectados de sangre, tienen miradas como las del tigre: su gesto espanta: todos sus movimientos son descompasados y violentos, como los de los locos: su voz se altera y se exalta, y todo el conjunto es el de una bestia feroz que espanta á todo el mundo.

El hombre en este infeliz estado no piensa sobre lo que hace, ni sobre lo que dice, ni sobre lo que de ésto tiene que resultar, aunque después tenga que arrepentirse de ello.

De la cólera nacen las enemistades, las venganzas, los insultos, las riñas, los asesinatos y casi todos los males que afligen á la humanidad.

Y no sólo á los demás molesta y hace sufrir el colérico, sino que también frecuentemente tiene que resentir él mismos los resultados casi siempre terribles de su violencia.

¡Cuántos infelices están con el alma desgarrada por el remordimiento, llorando sin remedio en las prisiones, y haciendo llorar también á sus padres, esposas é hijos por haber asesinado á un

hombre con motivo de una ofensa que no valía la pena de que nadie se fijara en ella.

Tened presente, ¡oh niños, que el hombre que por la cólera tenga la desgracia de asemejarse á las fieras, jamás llegará á dominar á nadie, porque es tal su debilidad que no puede dominarse á sí mismo; mientras que el hombre reposado y tranquilo, con una palabra de perdón, deja ver á los demás un corazón grande y generoso, que se atrae el cariño y la admiración hasta de los que alguna vez hayan sido sus enemigos.

Las Preocupaciones.

Preocupaciones son los juicios que se forman de las cosas antes de conocerlas, ó sin el previo examen de ellas.

Proviene unas veces de la ligereza ó el temor con que se las vé; otras de los errores aprendidos á los padres ignorantes, otras de los cuentos de las nodrizas y del miedo que éstas inspiran á los niños, para que callen ó se duerman, y otras en fin, de que son muy erradas las ideas que se tienen del Gran Hacedor, Padre de la humanidad, considerándolo como un ser que se complace en prodigar toda clase de males á sus hijos.

Hay todavía innumerables personas que creen en los sueños, las adivinaciones, las brujas, la aparición de fantasmas y de muertos, los presentimientos del corazón, el augurio de los buhos y lechuzas, la fatalidad de la suerte y de ciertos días de la semana, y en un sinnúmero de preocupaciones necias y ridículas. ¿Qué relación puede tener un sueño con lo porvenir? Dormido el hombre no tiene conocimiento de lo que hace ni de lo que piensa. ¿Estará así en mejores condiciones para conocer lo futuro que cuando tiene su pensamiento libre y en la plenitud de su ejercicio?

La adivinación ó conocimiento de las cosas secretas, ó de las que están por suceder, siempre que no dependan de causas necesarias, es uno de tantos embustes de que ciertas personas hábiles se valen para embaucar y explotar á los tontos.

De las brujas ó hechiceras se dice que por medio de tales ó cuales signos ó palabras misteriosas pueden causar males á personas ausentes, ó convertirlas en piedras, animales, etc. Bien ¿y si Dios no les ha dado este maléfico don de dónde les ha venido? ¿Y si de él lo recibieron, cómo podrán ser entendidas su infinita bondad y sabiduría? ¿O nacieron iguales á él?

Los fantasmas que á tantos aterran todavía,

no son más que ilusiones de la imaginación de los cobardes, ó bultos preparados por algunos, ya para burlarse de su cobardía, ya para cometer acciones criminales. El miedo ha hecho á veces que una persona haya tomado por fantasma su propia sombra ó algún espantajo de los que ponen los labriegos para ahuyentar á las aves nocturnas.

¿Y qué diremos de la aparición de los muertos? ¿Vienen á arreglar algún asunto que dejaron pendiente, ó nomás á espantar á los vivos? Si lo primero, Dios se equivocó al enviarles la muerte, pues juzgó que ya había terminado su misión sobre la tierra; y si lo segundo, los muertos deben ser muy traviosos, y de buen humor, pues se divierten, y tal vez hasta se ríen, espantando á los que son miedosos, pues á los que no los son nunca se les han aparecido.

Presentir un acontecimiento que no puede ser previsto por algunos antecedentes naturales es imposible. ¿Qué hilo misterioso es el que puede comunicar al corazón de una persona un suceso que se verificará mañana, tal vez á doscientas ó más leguas de distancia?

Todas las demás preocupaciones son tan ridículas y pueriles como éstas.

Concluiremos recomendando á los niños, que

nunca juzguen de la naturaleza de las cosas sin haberlas antes examinado con valor y serenidad. Si se trata, por ejemplo, de un ruido, una voz, una figura extraña, acerquémonos, oigamos, veamos, palpemos, y si la primera impresión nos inquietó, nos reiremos después de buena gana, al saber que ese ruido y esa voz fueron de un gato que correteaba por la azotea, y que la figura extraña era un vestido colgado de una soga, para que se secase allí durante la noche, ó un manequí de trapos puesto en el gallinero para librar de la rapacidad del *tecolote* los polluelitos de las gallinas.

Valor activo y pasivo.

El primero consiste en la fortaleza del alma para arrostrar los peligros: el segundo en sobrellevar con paciencia y resignación los males y desgracias de la vida.

Hay muchos casos en que necesitamos armarnos de todo nuestro valor, ya para evitar el peligro, ya para no hacer mayores nuestras desgracias ó padecimientos.

¿Qué hará un cobarde si ve á sus padres, esposa ó hijos, amenazados por una fiera ó por un malvado, que quiera robarles algo ó quitarles la

vida? ¿Y cómo hubiera podido nuestra Patria realizar su independencia, y defender con las armas su honor y su libertad si sus hijos hubieran sido cobardes?

No es menos necesario el valor pasivo.

Si nos afligen las enfermedades, si muere una persona querida, si quedamos por cualquier causa reducidos á la pobreza, no cabe duda de que todos estos son unos males, que hasta al varón fuerte le arrancarán muchas lágrimas; pero el no armarnos en estos casos de toda la paciencia y resignación necesarias es empeorar nuestra situación, añadiendo á aquellos males el de la mortificación y congoja consiguientes.

No es malo llorar: las lágrimas son el desahogo natural del corazón: son las ofrendas mejores que podemos depositar sobre los sepulcros de los seres amados que nos dieron su último adiós: lo malo es la desesperación, la falta de conformidad con la suerte, la cual casi siempre no es, por otra parte, sino el resultado de nuestra imprudencia y falta de previsión.

Plan para una lección sobre el Orgullo.

(ESTE TEMA DEBE DIVIDIRSE EN DOS O TRES LECCIONES.)

El Orgullo (3er. Año.)

METODO.

Marcha inductiva.--Forma socrática, combinada con la expositiva.--Procedimientos de intuición intelectual y sensible: la primera por la viveza de la exposición y la fuerza del razonamiento, y la segunda por observaciones que hayan podido hacer los niños.--Procedimiento sinóptico.

PLAN.

I. Idea del orgullo.—Despreciar una persona á otras, juzgándose superior á ellas, por su instrucción, riqueza, etc.

II. Valor de estas circunstancias.—Ni la instrucción, ni la riqueza, ni las fuerzas físicas, ni el buen parecer hacen á una persona mejor que las demás.

III. Consecuencias.—Irracionalidad del desprecio á los demás de parte de los orgullosos.—Ni la verdadera superioridad da derecho para despreciar á nadie.

IV. Calificativo que merecen los orgullosos.—El ser tontos en el más alto grado.

V. Resultados del orgullo.—La aversión y el desprecio que se le tiene al orgulloso.—Infelicidad á que llega su aislamiento.

VI. Conclusión.—Deben los niños huir de este feísimo vicio.

VII. Resúmen

I.

Maestro.—Conozco á varios niños que ven con desprecio á sus compañeros, porque creen saber más que ellos, ó porque les aventajan en valor y fuerzas; hay otros que, porque son hijos de personas ricas, les niegan las saludes á los pobres, y hasta hay señoritas que, porque se les ha dicho que son hermosas, huyen de la compañía de sus condiscípulas, á quienes negó la naturaleza ese buen parecer.

A las personas que se conducen de esta manera se les llama orgullosas, y orgullo á ese defecto que hay en ellas.

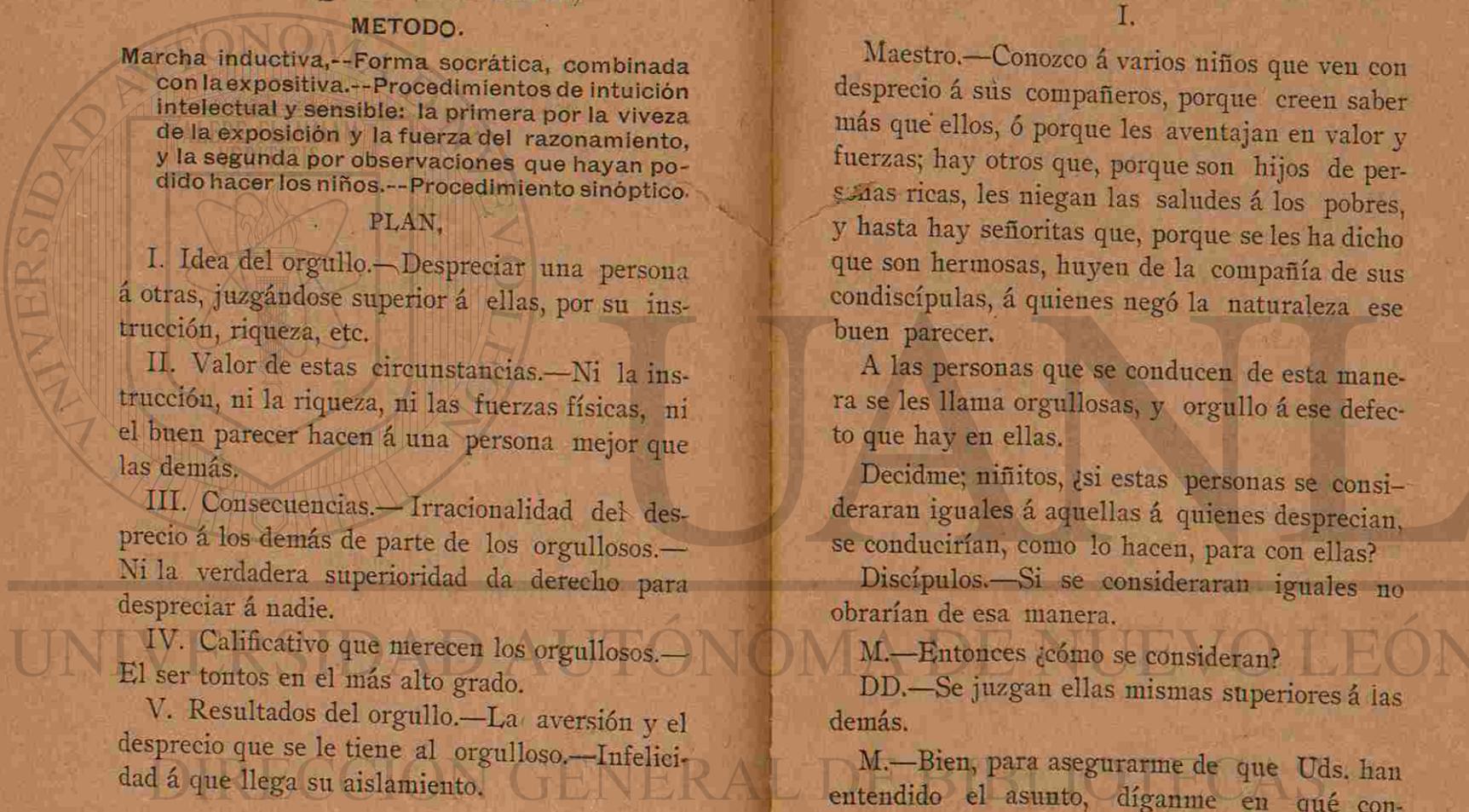
Decídmeme, niñitos, ¿si estas personas se consideraran iguales á aquellas á quienes desprecian, se conducirían, como lo hacen, para con ellas?

Discípulos.—Si se consideraran iguales no obrarían de esa manera.

M.—Entonces ¿cómo se consideran?

DD.—Se juzgan ellas mismas superiores á las demás.

M.—Bien, para asegurarme de que Uds. han entendido el asunto, díganme en qué con-



siste el orgullo, cómo se juzgan á sí mismos, y en qué hacen consistir la superioridad sobre los demás los que tienen ese vicio?

DD.—El orgullo consiste en que algunas personas ven á otras con desprecio, juzgándose superiores á ellas, porque son ricas, de buen parecer, etc.

II.

M.—Me han dicho Uds. que el orgulloso se juzga á sí mismo superior á los demás; y nadie es superior á otro, ésto es, nadie merece más consideraciones que otro si no es mejor que él; por consiguiente, el orgulloso se considera mejor que los otros á quienes desprecia; pero siempre trata de fundar esa superioridad en alguna de las circunstancias que se acaban de indicar.

Díganme Uds. ¿si Luis es rico y Anselmo pobre, la riqueza hace mejor al primero que al segundo.

DD.—No lo hace mejor la riqueza

M.—Dicen bien, y ésto suponiendo que los dos sean buenos; que si el pobre fuera bueno, y el rico malo, el primero (el pobre) será en mucho superior al segundo.

Daniel es vigoroso, y por ésto puede vencer á José, que es débil y de poco ánimo: supongamos

ahora que las fuerzas de Daniel quedan debilitadas por alguna enfermedad, ¿era ésto mejor antes que ahora?

DD.—No era mejor antes.

M.—¿Qué infieren Uds. de ésto?

DD.—Inferimos que ni las fuerzas lo hacen superior, ni la debilidad lo hace inferior.

M.—Entonces ¿Qué piensan Uds. si comparan el vigor de Daniel con la debilidad de Luis?

DD.—Pensamos que las fuerzas del primero no lo hacen mejor que al segundo.

M.—¿El ser una persona más bien parecida que otra la hace mejor que ésta? ¿y en qué fundarán Uds. su respuesta?

DD.—El ser una persona más bien parecida no la hace mejor que otra, pues si por una enfermedad ó accidente cualquiera pierde su buen parecer, no por ésto era mejor antes que ahora, y por lo tanto no era mejor que los otros, así como si se hace feo no por ésto es inferior á ellos.

M.—Si Antonio aprende muy fácilmente las lecciones, y Juan, por más que se empeñe en ello, no lo consigue sino con mucha dificultad ¿merece aquel más consideraciones que éste?

DD.—No merece por ésto más consideraciones.

M.—y si el segundo, á pesar de lo corto de su inteligencia llegare por su aplicación á igualarse

en instrucción al primero ¿quién de los dos les parece á Uds. que tiene más mérito, y por qué razón?

DD.—Tiene mas mérito el segundo, porque su instrucción la debe á los esfuerzos que hace para aprender, mientras que el otro no necesita trabajar tanto como éste.

M.—Resuman Uds. lo que hemos dicho acerca de los méritos que el orgulloso pretende tener para considerarse superior á los demás.

DD.—Ni la riqueza, ni las fuerzas físicas, ni el buen parecer, ni la mayor inteligencia hacen á una persona superior á las demás.

III.

M.—El orgulloso desprecia á los demás: ¿es fundado ó nó este desprecio, y en qué apoyan Uds. su juicio?

DD.—Ese desprecio á los otros es infundado, porque viene de la creencia en que está el orgulloso de que tiene mas méritos que ellos, y en ésto está muy engañado, porque hemos visto que las cosas que lo enorgullecen están muy lejos de hacerlo superior á nadie.

M.—Todavía, niñitos, aunque un hombre sea realmente superior á otro, ésto no le da ningún derecho para despreciarlo. Hay varias circunstancias que hacen á algunas personas dignas de

respeto y consideraciones especiales: tales son v. g. la instrucción adquirida á fuerza de aplicación y de constancia, los sacrificios que se hagan por el bien de los necesitados, la resolución heroica de exponer la vida por defender á la Patria, el poner la instrucción al servicio de los pueblos por medio de la palabra, el libro y el periódico: las personas que hacen todo ésto, por sus esfuerzos, por su buena voluntad para el bien de los demás, sobresalen de sus semejantes, y se hacen superiores á ellos; pero esa superioridad no les da derecho para despreciarlos; despreciar á otro es humillarlo, mortificarlo en su amor propio; afligirlo, tenerlo por indigno de toda consideración.

Y ¿á quién podrá gustarle que, otro, por grande que sea su mérito, lo trate de esta manera? ¿De ésto y de que nadie debe hacer á otro lo que no quiera para sí, qué, pueden Uds. inferir con respecto á la conducta que los hombres de verdadero mérito deben observar para con los demás?

DD.—Inferimos que no deben tratarlos con desprecio.

IV.

M.—Si Uds., que son todavía pequeños, ven tan claro que el despreciar á los demás es muy reprehensible, ¿en qué consiste que hay personas

grandes que no lo ven así, es decir, que son orgullosas?

DD.—No sabemos qué decir.

M.—Si una persona asegurara que el cisne tiene cuatro pies ¿qué diríamos de ella?

DD.—Diríamos que no lo conoce.

M.—Y cuando un ignorante piensa que no lo es, ¿qué diremos de él?

DD.—Diremos que no se conoce á sí mismo, que no vé sus propios defectos.

M.—Contesten Udes. á la pregunta que dejamos pendiente.

DD.—Los orgullosos son ignorantes porque no se conocen así mismos.

M.—Me han dicho Udes. que los orgullosos son ignorantes; pero algunos de ellos poseen conocimientos en varias ciencias, ¿cómo puede decirse de éstos que son ignorantes?

DD.—No acertamos á explicarlo.

M.—¿Sáben estos hombres que su instrucción, su riqueza, etc., no los autorizan para despreciar á sus semejantes?

DD.—Pensamos que no lo saben.

M.—Y qué les parece á Udes. del grado de esa ignorancia? ¿Cuando alguno no sabe lo que las personas grandes, se dice que es ignorante; pero cuando ignora lo que hasta las pequeños saben ¿cómo se le puede calificar?

DD.—Se le debe tener por muy ignorante.

M.—Pero hay hombres muy ignorantes, que conocen que no deben despreciar á nadie, ¿no les parece á Vdes. que á los que ésto hacen, por más que sepan otras cosas, se les debe tener por más ignorantes todavía que aquellos, mejor dicho, por tontos en el más alto grado?

V.

M.—Los niños más aprovechados de esta escuela tratan cariñosamente á sus compañeros. Supongan Udes. que alguno de los primeros despreciara á los segundos, ¿lo verían éstos con el mismo cariño con que ven á los que no los desprecian? ¿lo preferirían para sus pláticas y juegos?

DD.—Sentiríamos para con él menos cariño, y no lo preferiríamos para platicar y jugar.

M.—Y ésto por qué?

DD.—Porque no nos agrada que se nos desprecie.

M.—Pues ésto que Udes. sienten, lo siente todo el mundo. A nadie le gusta que se le desprecie. Entonces ¿los orgullosos cómo son vistos por todos?

DD.—Todos huyen de ellos, nadie los quiere, ni está dispuesto á ayudarles cuando lo necesiten.

M.—¿Y puede un hombre considerarse feliz

cuando se halle en tan tristes condiciones como éstas

DD.—No puede serlo.

M.—Qué diremos, pues, del orgulloso?

DD.—Que no puede ser feliz.

No ponemos el resumen porque es fácil hacerlo.

Plan para una lección sobre la Pereza.

METODO.

Marcha inductiva.--Forma socrática, combinada con la expositiva.--Procedimiento de intuición intelectual y sensible: la primera por la viveza de la expresión, y la segunda, por observaciones que hayan podido hacer los niños.--Procedimiento sinóptico.

PLAN.

I. El trabajo.—Empleo de las fuerzas corporales y de la inteligencia. Trabajo físico é intelectual.

II. Pereza.—Negarse al trabajo físico é intelectual.

III. Se contraría con ella una obligación.—Las fuerzas del cuerpo se nos dieron para aplicarlas al trabajo físico, y la inteligencia para el intelectual,

IV Resultados de la pereza corporal.—La miseria con sus horribles consecuencias para el individuo y la familia, hambre, desnudez, mala habitación, enfermedades, el desprecio de los demás, inclinación á los vicios por la ociosidad del pensamiento.

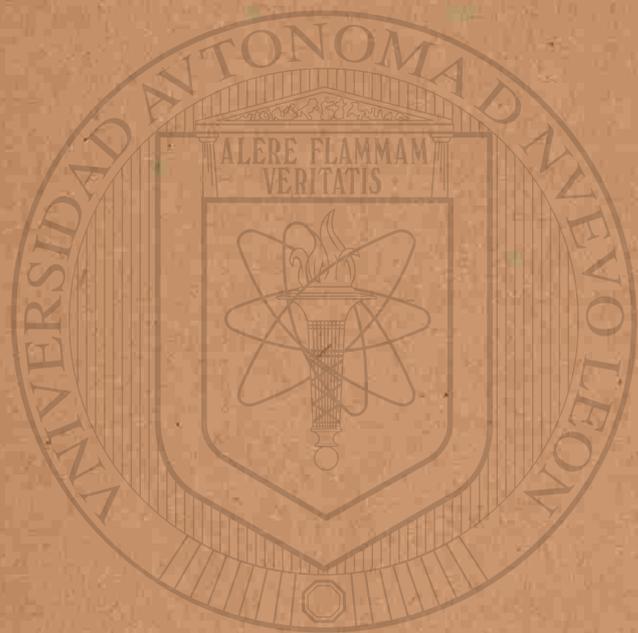
V Resultados de la pereza intelectual.—La ignorancia; ocupaciones duras y poco productivas; el desprecio de los que saben algo; inclinación á lo malo por falta de instrucción moral.

VI Conclusión.—Desde la niñez se debe ver con horror este feo vicio, pensando que puede hacer infeliz al hombre para toda su vida.

VII Resumen..



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Librería Universal.

DR. MIER, 81.

APARTADO, 242.

FEDERICO DE LA GARZA.

Surtido completo en LIBROS DE
TEXTO para Escuelas y Colegios.

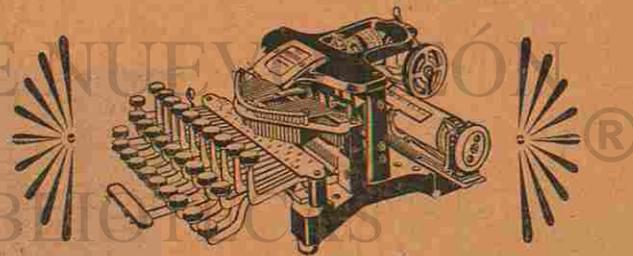
Obras de todas clases. Material Escolar
Papelería, Artículos de Es-
critorio.

Libros en Blanco y Diarios Escolares.
Fabrica esta casa con especialidad mo-
viliario para Escuelas.



Agencia para la venta de la Máquina de es-
cribir

'Pittsburg' Visible.



LA MEJOR Y MAS BARATA.

Se hacen impresiones de toda clase.

OBRITAS

DEL PROF.

--SERAFIN PEÑA.--



- Curso de Moral para la Instrucción
Primaria Superior.....\$0.18. cts.
- Apuntes de Moral para los maes-
tros principiantes.....\$0.30. ..
- Narraciones Históricas. Biografías \$0.25. ..
- Historia Patria para el 3er. año
escolar.....\$0.25. ..
- Historia Patria para el 4o. año....\$0.25. ..
- Guía del Maestro para los ejerci-
cios de Lenguaje.....\$1.00. ..

En prensa:

Instrucción Cívica para el 5o. año.....

